

Trabajo de investigación cualitativo de estudio de caso con enfoque geopolítico.

Contradicción estratégica en la política exterior de Estados Unidos: el caso de Irán (2025-2026).

Gutiérrez Sánchez, Osvaldo C.

Cita:

Gutiérrez Sánchez, Osvaldo C. (2026). *Contradicción estratégica en la política exterior de Estados Unidos: el caso de Irán (2025-2026)*. Trabajo de investigación cualitativo de estudio de caso con enfoque geopolítico.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/osvaldo.gutierrez.sanchez/58>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pGRc/gAb>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Contradicción estratégica en la política exterior de Estados Unidos: el caso de Irán (2025–2026)

Por: Lic. Esp. Osvaldo Gutiérrez Sánchez

Introducción

La política exterior de Estados Unidos se articula a partir de documentos estratégicos que buscan establecer principios coherentes con sus intereses nacionales y su proyección global. En este marco, la National Security Strategy de 2025 propone una orientación basada en el no intervencionismo relativo, la reducción del involucramiento en conflictos prolongados y el uso restringido de la fuerza como instrumento de disuasión (The White House, 2025).

Un análisis previo de esta orientación estratégica permitió interpretar la política exterior de la segunda presidencia de Donald Trump como una reformulación pragmática del orden internacional, sintetizada en la noción de “paz mediante la fuerza”. Desde esta perspectiva, la estabilidad global no se fundamentaría en principios normativos universales, sino en la capacidad de Estados Unidos para evitar enfrentamientos directos entre grandes potencias mediante la disuasión, el control estratégico y la negociación directa entre líderes.

No obstante, la realidad geopolítica del conflicto bélico entre Estados Unidos e Israel contra Irán en 2026 conduce necesariamente a una relectura crítica de dicho documento. A partir de este ejercicio analítico, emergen inconsistencias significativas entre los principios estratégicos declarados y las decisiones adoptadas en el terreno. En particular, la ofensiva militar conjunta evidencia una tensión profunda entre la doctrina oficial y la praxis geopolítica.

La evolución del conflicto, documentada a través de cronologías y coberturas en tiempo real, muestra una escalada sostenida, una expansión regional y efectos sistémicos sobre la economía global (Deutsche Welle, 2026; El País, 2026). Sin embargo, es necesario advertir que, frente a este tipo de acontecimientos, los análisis geopolíticos suelen verse atravesados por lecturas emotivas o posicionamientos ideológicos que dificultan una comprensión rigurosa de los hechos. Por el contrario, es la razón analítica y la evidencia empírica —expresada en datos, dinámicas territoriales y patrones de comportamiento estatal— la que debe guiar el examen de la realidad internacional.

En este sentido, la aparente contradicción entre doctrina y acción no puede interpretarse únicamente como una inconsistencia política. Por el contrario, requiere ser analizada a la luz de los condicionamientos sistémicos propios del sistema internacional. En este marco, el presente

trabajo se propone analizar la contradicción estratégica en la política exterior de Estados Unidos a partir del estudio del caso de Irán (2025–2026), interrogándose en qué medida el accionar estadounidense contradice los lineamientos establecidos en la Estrategia de Seguridad Nacional de 2025 y hasta qué punto dicha contradicción puede explicarse por factores estructurales.

Los aportes de Tim Marshall y Robert D. Kaplan —considerados a partir de un conjunto amplio y acumulativo de sus obras, que abordan la relación entre geografía, poder y dinámica internacional— permiten abordar esta problemática desde una perspectiva geopolítica integral. En particular, sus desarrollos sobre la persistencia de los factores territoriales, la centralidad de los espacios estratégicos y la influencia de las estructuras históricas en la conducta de los Estados ofrecen un marco analítico que permite comprender la tensión entre principios declarativos y acción efectiva como una manifestación recurrente de las restricciones estructurales del sistema internacional.

Pregunta problema

¿En qué medida el ataque de Estados Unidos contra Irán en 2026 contradice los principios de su Estrategia de Seguridad Nacional de 2025, y hasta qué punto esta contradicción puede explicarse por condicionamientos geopolíticos sistémicos?

Hipótesis

El ataque de Estados Unidos contra Irán en 2026 contradice los principios fundamentales de su Estrategia de Seguridad Nacional de 2025; sin embargo, dicha contradicción responde a condicionamientos sistémicos que obligan a Estados Unidos a actuar conforme a la lógica del poder y el equilibrio regional, más allá de su discurso normativo.

Metodología

El presente trabajo se inscribe en un enfoque cualitativo, orientado a la interpretación de fenómenos complejos en el ámbito de la política internacional. Se adopta la estrategia de estudio de caso, centrada en el análisis del conflicto entre Estados Unidos e Irán en 2026, en relación con los lineamientos establecidos en la National Security Strategy de 2025.

La investigación se basa en el análisis documental de fuentes primarias y secundarias. Entre las primeras se incluye el documento oficial de la Estrategia de Seguridad Nacional de Estados Unidos (2025), mientras que las segundas comprenden coberturas periodísticas especializadas y

aportes teóricos de autores relevantes en el campo de la geopolítica, como Tim Marshall y Robert D. Kaplan.

El nivel de análisis adoptado es predominantemente sistémico y geopolítico. Por un lado, se consideran las restricciones del sistema internacional en términos de distribución del poder y equilibrio regional. Por otro, se incorporan variables geográficas y territoriales que inciden en la formulación y ejecución de la estrategia, tales como la existencia de chokepoints, la configuración del espacio físico y la centralidad geopolítica de determinados actores.

Este enfoque permite articular el plano normativo —expresado en los documentos estratégicos— con el plano empírico de la acción estatal, facilitando una interpretación integrada de las tensiones entre discurso y práctica en la política exterior.

I. Principios de la Estrategia de Seguridad Nacional (2025)

La National Security Strategy (2025) establece una orientación estratégica que busca evitar los costos políticos, económicos y militares asociados a intervenciones extensivas. En particular, se destacan tres principios centrales: una predisposición al no intervencionismo, la evitación de guerras prolongadas y un uso de la fuerza orientado prioritariamente a la disuasión (The White House, 2025).

Estos lineamientos reflejan un intento de reconfiguración de la política exterior estadounidense tras décadas de involucramiento intensivo en Medio Oriente, especialmente en Irak y Afganistán. No obstante, su aplicabilidad se ve tensionada cuando se enfrenta a escenarios geopolíticos de alta complejidad.

II. La cronología del conflicto: evidencia empírica

La evidencia empírica disponible permite reconstruir una dinámica de escalada progresiva. El conflicto se inicia a finales de febrero de 2026 con ataques coordinados entre Estados Unidos e Israel contra instalaciones estratégicas iraníes, incluyendo objetivos militares, nucleares y logísticos (Deutsche Welle, 2026).

Posteriormente, se observa:

- ampliación de los objetivos hacia infraestructura energética
- respuestas iraníes mediante misiles contra bases estadounidenses
- extensión del conflicto a otros escenarios regionales
- alteraciones en rutas críticas como el estrecho de Ormuz

(Deutsche Welle, 2026; El País, 2026)

Asimismo, la cobertura en vivo del conflicto muestra la continuidad operativa de las acciones militares y la multiplicación de actores involucrados, configurando un escenario de guerra abierta con consecuencias económicas globales, particularmente en los mercados energéticos (El País, 2026).

En consecuencia, el caso analizado presenta características propias de un conflicto prolongado y sistémico, en tensión con los principios declarados por la estrategia estadounidense.

III. Contradicciones entre estrategia y acción

1. No intervencionismo vs. intervención directa

En primer lugar, la participación militar directa en territorio iraní entra en contradicción con el principio de no intervencionismo, especialmente ante la ausencia de un ataque previo sobre territorio estadounidense (Deutsche Welle, 2026).

2. Guerra limitada vs. escalada prolongada

En segundo lugar, la evolución del conflicto evidencia una dinámica de escalada progresiva, con múltiples actores y expansión regional, lo que se aproxima a un modelo de guerra prolongada más que a una intervención limitada (El País, 2026).

3. Disuasión vs. intensificación del conflicto

En tercer lugar, el uso de la fuerza no produce un efecto disuasivo, sino que genera respuestas simétricas y asimétricas por parte de Irán, contribuyendo a la intensificación del conflicto.

4. Estabilidad económica vs. disrupción sistémica

Finalmente, la afectación de rutas energéticas estratégicas y el aumento de precios globales contradicen el objetivo de estabilidad económica internacional, central en la estrategia estadounidense.

IV. Tim Marshall: geografía, chokepoints y guerra asimétrica

El enfoque de Tim Marshall permite comprender cómo la geografía condiciona de manera estructural las posibilidades estratégicas de los actores, no como un factor secundario, sino como un elemento constitutivo de la lógica del poder. En este marco, el estrecho de Ormuz se presenta como un chokepoint fundamental del sistema energético global, por donde circula una proporción significativa del comercio mundial de hidrocarburos, lo que le otorga una centralidad geopolítica en la dinámica del sistema internacional (Marshall, 2024). Este paso marítimo, ubicado entre el Golfo Pérsico y el Golfo de Omán, no solo conecta a los principales productores de petróleo con los mercados globales, sino que también constituye un punto de estrangulamiento cuya interrupción tendría consecuencias inmediatas sobre la economía mundial. La evidencia cartográfica disponible (Anexos 1 y 3) permite observar tanto la distribución espacial de los ataques como la configuración física del estrecho de Ormuz, evidenciando su estrechez operativa, la proximidad de la costa iraní y la localización de infraestructuras estratégicas, lo que refuerza la interpretación geopolítica basada en la centralidad de los chokepoints energéticos.

La configuración física del estrecho —caracterizada por su estrechez operativa, con canales de navegación limitados y altamente concentrados, y por su proximidad a la costa iraní— lo convierte en un espacio vulnerable a acciones de disrupción. Esta vulnerabilidad es la que permite a Irán ejercer una forma de poder desproporcionada en relación con sus capacidades militares convencionales. A diferencia de las grandes potencias navales, que buscan el control total del espacio marítimo, Irán ha desarrollado una estrategia orientada a impedir o dificultar el uso seguro del estrecho por parte de terceros. Esta estrategia se materializa a través de una combinación de instrumentos, entre los que se destacan el minado de rutas marítimas, el despliegue de misiles costeros de alcance medio, el uso de submarinos de pequeño tamaño y, de manera particularmente relevante, la implementación de tácticas de guerra asimétrica basadas en lanchas rápidas, enjambres navales y el uso creciente de drones (Marshall, 2024).

Estas tácticas no buscan una confrontación directa ni una victoria decisiva en términos convencionales, sino generar un entorno de incertidumbre, elevar los costos operativos del adversario y producir efectos económicos y políticos desproporcionados. En este sentido, el estrecho de Ormuz funciona como un multiplicador estratégico: un espacio geográfico reducido que amplifica el impacto de acciones limitadas. La posibilidad de interrumpir, aunque sea temporalmente, el flujo de petróleo tiene implicancias globales, desde el aumento de los precios energéticos hasta la inestabilidad en los mercados financieros, lo que convierte cualquier escalada en este punto en un problema de alcance sistémico.

Asimismo, la geografía costera iraní refuerza esta capacidad. La cercanía entre las bases terrestres y las rutas marítimas permite integrar sistemas de defensa y ataque de manera eficiente,

combinando vigilancia, capacidad de respuesta rápida y cobertura territorial. Desde posiciones en tierra firme, Irán puede desplegar sistemas de misiles antibuque, radares y unidades móviles que dificultan la detección y neutralización por parte de fuerzas externas. Este entorno operativo favorece al defensor, ya que obliga al atacante a proyectar poder en un espacio restringido, altamente vigilado y potencialmente saturado de amenazas.

En este contexto, adquiere centralidad analítica la idea de que “la geografía favorece al defensor”, una premisa que en el caso iraní se manifiesta tanto en el dominio terrestre —con su sistema montañoso y desértico— como en el dominio marítimo restringido del Golfo Pérsico (Marshall, 2024). La combinación de estos factores limita la eficacia del poder militar convencional estadounidense, cuya doctrina se basa en la superioridad tecnológica, la movilidad y la capacidad de intervención rápida. Frente a un entorno geográfico adverso y a un adversario que evita el enfrentamiento directo, esta superioridad se ve parcialmente neutralizada.

En consecuencia, la geografía no solo condiciona las opciones estratégicas, sino que también redefine la relación entre poder material y resultados efectivos. Irán, pese a su inferioridad relativa, puede explotar las características del espacio para compensar sus debilidades y proyectar influencia más allá de sus capacidades aparentes. Esto contribuye a explicar por qué las intervenciones externas en la región tienden a derivar en dinámicas de escalada, incertidumbre y prolongación del conflicto, en tensión con los objetivos declarados de rapidez, control y disuasión. Así, el análisis de Marshall permite comprender que la aparente asimetría de poder se equilibra, en parte, a través de la geografía, que actúa como un recurso estratégico de primer orden en la configuración del conflicto (Marshall, 2024).

V. Robert Kaplan: Irán como pivote geopolítico y transformación regional

Si el enfoque de Marshall permite comprender la dimensión operativa y táctica de la geografía en el estrecho de Ormuz, el análisis de Kaplan amplía la escala interpretativa al situar a Irán como un actor central en la arquitectura geopolítica de Medio Oriente. Más que un Estado relevante entre otros, lo define como un “pivote”, es decir, un espacio cuya posición territorial le otorga capacidad para proyectar influencia sobre múltiples subregiones simultáneamente (Kaplan, 2026). La evidencia cartográfica desarrollada por Kaplan (Anexo 2) permite visualizar esta centralidad territorial al situar a Irán en la intersección de múltiples regiones estratégicas —el Golfo Pérsico, Asia Central, el Cáucaso y Mesopotamia—, lo que refuerza su carácter de pivote geopolítico. Lejos de constituir un actor periférico, su ubicación lo convierte en un nodo articulador de

dinámicas regionales, capaz de proyectar influencia simultáneamente en distintos subsistemas del espacio euroasiático (Kaplan, 2017, pp. 322–323).

Esta conceptualización se encuentra en continuidad con los desarrollos teóricos expuestos en *La venganza de la geografía* (Kaplan, 2017), donde el autor sostiene que la geografía no determina de manera mecánica la política, pero sí establece un conjunto de posibilidades y límites duraderos que condicionan el comportamiento de los Estados. En este sentido, Irán es una unidad geopolítica de larga duración, cuya centralidad deriva de su inserción en el espacio euroasiático.

Desde esta perspectiva, la meseta iraní constituye un núcleo territorial de gran coherencia geográfica. Rodeada por cadenas montañosas —como los Zagros al oeste y el Elburz al norte—, esta configuración ha funcionado históricamente como una fortaleza natural, dificultando invasiones externas y favoreciendo la consolidación de estructuras políticas relativamente estables.

La escala del mapa permite dimensionar la profundidad territorial de Irán, cuya extensión y configuración montañosa dificultan operaciones rápidas de intervención externa, reforzando su carácter de pivote geopolítico.

Kaplan subraya que este tipo de entornos geográficos tiende a producir unidades políticas con alta resiliencia, capaces de absorber presiones externas sin colapsar fácilmente (Kaplan, 2017).

A su vez, esta condición defensiva se complementa con una posición de conectividad estratégica. Irán se ubica en la intersección de múltiples regiones: el Golfo Pérsico, Asia Central, el Cáucaso, Mesopotamia y el subcontinente indio. Esta ubicación le permite actuar como un nodo articulador entre distintos sistemas regionales, lo que amplifica su capacidad de influencia. En términos geopolíticos, no se trata solo de un Estado territorial, sino de un espacio de intermediación continental, cuya importancia excede su poder material inmediato.

Kaplan enfatiza que esta combinación entre protección geográfica y conectividad estratégica ha dado lugar a una tradición histórica de proyección indirecta del poder. A diferencia de potencias marítimas o expansivas en términos clásicos, Irán ha desarrollado una lógica de influencia basada en la profundidad territorial y en la utilización de redes externas. Esto se traduce, en el contexto contemporáneo, en el uso de actores no estatales, milicias aliadas y corredores logísticos que extienden su capacidad de acción más allá de sus fronteras formales.

En *La venganza de la geografía*, Kaplan recupera la idea de que las civilizaciones asentadas en mesetas y espacios intermedios tienden a desarrollar una conciencia geopolítica de largo plazo, en la que la supervivencia depende de la gestión de equilibrios regionales complejos. En el caso iraní, esto se manifiesta en una política exterior orientada a evitar el aislamiento estratégico,

compensando su relativa debilidad frente a grandes potencias mediante la diversificación de alianzas y la proyección indirecta de poder.

Este marco permite comprender por qué la presión externa —ya sea militar, económica o diplomática— no necesariamente conduce a una rápida desestabilización del Estado iraní. Por el contrario, su configuración territorial y su tradición histórica le otorgan una capacidad de adaptación que desafía los supuestos de intervenciones rápidas o cambios de régimen inmediatos. En este sentido, Kaplan advierte contra las lecturas simplificadoras que subestiman el peso de la geografía en la dinámica del poder (Kaplan, 2017).

Sin embargo, los acontecimientos recientes introducen elementos de ruptura en este patrón histórico. Los ataques directos sobre territorio iraní, la erosión de sus redes regionales y las tensiones internas plantean un escenario en el que la tradicional estrategia de proyección indirecta podría verse comprometida. Aquí adquiere relevancia la idea de “crisis del pivote”: cuando un espacio de alta centralidad geopolítica pierde estabilidad interna, las consecuencias no se limitan a su territorio, sino que se expanden a todo el sistema regional.

Kaplan sugiere que la desestabilización de un actor como Irán podría desencadenar un efecto dominó geopolítico. En primer lugar, alteraría los equilibrios entre las principales potencias regionales, como Arabia Saudita, Turquía e Israel, generando nuevas dinámicas de competencia y cooperación. En segundo lugar, afectaría las rutas energéticas y comerciales que atraviesan el Golfo Pérsico, con impactos directos en la economía global. Finalmente, podría abrir espacios de inestabilidad en regiones adyacentes, como el Cáucaso o Asia Central, donde las fronteras políticas son históricamente frágiles.

Este escenario se vincula con una de las tesis centrales de Kaplan: los espacios geográficos de alta densidad histórica tienden a ser también zonas de fricción permanente, donde convergen intereses múltiples y donde las crisis locales adquieren rápidamente una dimensión internacional. Irán encarna esta lógica de manera paradigmática, al situarse en el cruce de civilizaciones, rutas energéticas y conflictos estratégicos.

En este contexto, la acción de Estados Unidos no debe entenderse solo como una reacción a hechos puntuales, sino como una intervención en un espacio cuya importancia va más allá del corto plazo. Desde la perspectiva de Kaplan, las grandes potencias tienden a involucrarse repetidamente en estos espacios geopolíticos, no solo por decisiones políticas propias, sino porque la lógica del sistema internacional hace que ciertos territorios tengan un peso desproporcionado en la distribución del poder global.

Por otra parte, Kaplan también advierte sobre los riesgos de subestimar la complejidad interna de estos espacios. Irán no es una entidad homogénea, sino un mosaico de identidades étnicas,

religiosas y territoriales. Esta diversidad introduce potenciales líneas de fractura que, en contextos de crisis, pueden derivar en procesos de fragmentación o conflicto interno. Sin embargo, al mismo tiempo, la historia muestra que estas tensiones han sido contenidas por estructuras estatales relativamente sólidas, lo que refuerza la idea de su capacidad de adaptación geopolítica. En síntesis, el enfoque de Kaplan permite entender mejor el caso al dejar de lado la aparente incoherencia estratégica y centrarse en las dinámicas profundas del espacio geopolítico. Desde esta mirada, Irán no es solo un actor, sino un espacio clave donde interactúan múltiples fuerzas, cuya importancia lleva a las potencias a intervenir, incluso si eso genera tensiones con sus propios principios.

De este modo, la contradicción entre estrategia y acción en la política exterior de Estados Unidos forma parte de una dinámica más amplia, en la que la geografía, la historia y el sistema internacional limitan las decisiones posibles. En este sentido, podría afirmarse —parafraseando a Tim Marshall— que incluso líderes como Donald Trump se ven condicionados por la geografía. La intervención en Irán no es, entonces, una excepción, sino un ejemplo de cómo los pivotes geopolíticos influyen de manera constante en el comportamiento de las grandes potencias.

VI. Interpretación sistémica

1. Política interna y vulnerabilidad estratégica

La lógica sistémica no actúa de forma aislada. En el caso analizado, la política exterior de Estados Unidos también está condicionada por factores internos que afectan la legitimidad y la capacidad de acción del gobierno. Una intervención prolongada, especialmente si contradice promesas de no intervención, genera pérdida de apoyo, polarización y tensiones políticas.

Este problema se vuelve más importante en contextos electorales. La posible pérdida de poder en el Congreso o la activación de mecanismos de control institucional limita la autonomía del Ejecutivo y desplaza la atención desde la estrategia internacional hacia la supervivencia política interna.

En este escenario, las decisiones dejan de responder solo a criterios geopolíticos y pasan a estar atravesadas por tensiones. Por un lado, se busca reducir la intervención para evitar costos internos; por otro, se recurre a acciones de fuerza para sostener credibilidad. Esto genera incoherencias entre el discurso y la acción.

Además, esta debilidad interna es percibida por otros actores: los rivales pueden aprovecharla, mientras que los aliados dudan de la consistencia de Estados Unidos. Así, la política interna influye directamente en la dinámica internacional.

En síntesis, los factores domésticos no reemplazan la explicación geopolítica, pero la complementan, ayudando a entender mejor la contradicción entre lo que el Estado dice y lo que finalmente hace.

VII. Donald Trump: entre el no intervencionismo discursivo y la reconfiguración realista del poder

La figura de Donald Trump introduce un elemento central para comprender la tensión entre doctrina estratégica y práctica geopolítica en el caso analizado. Si bien su posicionamiento en política exterior ha sido caracterizado como aislacionista o no intervencionista, una lectura desde el realismo geopolítico permite matizar esta interpretación. Desde la perspectiva de Tim Marshall, Trump no debe ser entendido como un líder belicista, sino como un actor pragmático que busca evitar conflictos prolongados que impliquen altos costos económicos, políticos y militares para Estados Unidos. En este sentido, su retórica de contención se vincula con la intención de preservar variables estratégicas críticas —particularmente la estabilidad de los mercados energéticos— y reducir el desgaste interno asociado a intervenciones extensivas.

No obstante, el análisis desarrollado por Marshall en “Trump, Teherán y lágrimas” permite profundizar esta lectura al incorporar la dimensión operativa del conflicto. Allí se evidencia que, aun bajo una lógica discursiva de no intervención, la acción estadounidense se despliega en múltiples niveles simultáneos, configurando una estrategia de presión indirecta. El conflicto con Irán no se limita a un enfrentamiento bilateral, sino que se expande a través de una red de actores y espacios estratégicos interconectados, como el estrecho de Ormuz y el estrecho de Bab el Mandeb. La posible reactivación de ataques por parte de los hutíes en el Mar Rojo ilustra cómo actores aliados de Teherán pueden amplificar la escala del conflicto, afectando rutas marítimas esenciales y obligando a Estados Unidos a redistribuir recursos militares en distintos frentes. En este contexto, la protección de los flujos energéticos y comerciales se convierte en un imperativo que limita las posibilidades de una retirada efectiva, incluso bajo un liderazgo reticente a la guerra abierta.

Asimismo, Marshall pone de relieve que la acumulación de poder militar —expresada en el despliegue de grupos de portaaviones, fuerzas anfibas y unidades aerotransportadas— no implica necesariamente una decisión inmediata de intervención, sino la construcción de un abanico de opciones estratégicas frente a escenarios altamente inciertos. Sin embargo, esta lógica genera efectos ambivalentes: mientras busca reforzar la disuasión, también incrementa la percepción de amenaza y contribuye a dinámicas de escalada. En este marco, la posibilidad de operaciones

limitadas, como el control de infraestructuras críticas —por ejemplo, la isla de Kharg, nodo fundamental para las exportaciones petroleras iraníes— revela una reconfiguración del uso de la fuerza orientada a afectar puntos neurálgicos de la economía adversaria más que a sostener guerras prolongadas.

Por su parte, el enfoque de Robert D. Kaplan introduce una dimensión crítica respecto a las capacidades de liderazgo estratégico de Trump. Kaplan señala limitaciones en términos de comprensión histórica y profundidad analítica, lo que podría traducirse en decisiones orientadas al corto plazo y con menor capacidad para anticipar efectos sistémicos. Asimismo, advierte que el debilitamiento de la burocracia diplomática durante su administración reduce la disponibilidad de instrumentos no militares, incrementando la dependencia del uso de la fuerza en contextos de crisis. En términos realistas, esta combinación refuerza la paradoja de un liderazgo que, aun buscando evitar la guerra, puede verse empujado hacia formas indirectas o selectivas de intervención.

En este marco, la figura de Trump encarna una doble tensión estructural. Por un lado, una orientación política que procura limitar el involucramiento directo y evitar conflictos prolongados; por otro, una práctica que, al operar en un entorno geopolítico altamente interdependiente y al mismo tiempo erosionar herramientas diplomáticas, contribuye a la generación de escenarios de mayor inestabilidad. Desde una perspectiva sistémica, esta contradicción no es meramente individual, sino que responde a condicionamientos más amplios: la centralidad geopolítica de Medio Oriente, la necesidad de sostener equilibrios regionales, la presión de aliados estratégicos y la dinámica del mercado energético global.

En consecuencia, la reticencia de Trump a iniciar guerras abiertas no elimina la probabilidad de intervención, sino que la reconfigura en términos de selectividad, presión indirecta y escalada controlada. De este modo, su liderazgo no representa una ruptura con la lógica intervencionista de Estados Unidos, sino una adaptación pragmática a las restricciones del sistema internacional. En última instancia, el caso de Trump refuerza la hipótesis central del trabajo: la política exterior estadounidense no puede explicarse exclusivamente a partir de decisiones individuales o lineamientos doctrinales, sino que se encuentra profundamente condicionada por la lógica estructural del sistema internacional, donde la aparente contradicción entre no intervencionismo y acción militar emerge como una constante inherente al ejercicio del poder global.

VIII. El rol de Israel en la guerra: catalizador estratégico y condicionamiento de la decisión estadounidense

El análisis del proceso decisorio que condujo a la guerra contra Irán en 2026 permite identificar el rol de Israel no solo como aliado estratégico de Estados Unidos, sino como un actor catalizador clave en la activación del conflicto. Lejos de limitarse a una participación operativa, la evidencia sugiere que Israel desempeñó un papel central en la construcción del escenario estratégico, la definición de objetivos y la aceleración de la toma de decisiones en Washington, particularmente a partir de las gestiones directas del primer ministro Benjamin Netanyahu ante la Casa Blanca (Swan y Haberman, 2026).

En primer lugar, la iniciativa israelí se manifiesta en el plano diplomático-estratégico. La reunión del 11 de febrero en la Sala de Crisis de la Casa Blanca constituye un punto de inflexión, donde el primer ministro Benjamin Netanyahu, acompañado por el director del Mossad y altos mandos militares, presentó un plan integral de ataque contra Irán. Este plan no solo incluía objetivos militares concretos —como la destrucción del programa de misiles—, sino también escenarios de mayor alcance, como el debilitamiento estructural del régimen y un eventual cambio de gobierno. Este elemento resulta central, ya que evidencia que Israel no se limitó a compartir inteligencia, sino que propuso activamente una estrategia ofensiva de gran escala, en la cual Estados Unidos aparecía como actor indispensable. En este sentido, la asimetría de capacidades entre ambos países se traduce en una relación donde Israel impulsa la acción, pero requiere del poder militar estadounidense para materializarla.

En segundo lugar, el caso muestra cómo la producción y utilización de inteligencia estratégica operó como instrumento de persuasión. La presentación israelí incluyó evaluaciones optimistas sobre la viabilidad de una victoria rápida, la debilidad del régimen iraní y la improbabilidad de una escalada regional significativa. Sin embargo, estas proyecciones fueron posteriormente cuestionadas por la comunidad de inteligencia estadounidense, que consideró algunos de los supuestos —particularmente los vinculados al cambio de régimen— como poco realistas o directamente “ridículos”.

Esta divergencia pone en evidencia una dinámica recurrente en las relaciones entre aliados: la tensión entre inteligencia orientada a la acción y evaluación estratégica prudencial. Mientras que Israel tendía a maximizar las oportunidades y minimizar los riesgos para incentivar la intervención, los organismos estadounidenses adoptaban una postura más cautelosa, centrada en las consecuencias de segundo y tercer orden.

En tercer lugar, el rol de Israel debe entenderse en términos de alineamiento estratégico de liderazgos. El artículo evidencia una convergencia significativa entre las percepciones de amenaza de Netanyahu y las del presidente Donald Trump, particularmente en lo relativo a Irán como enemigo estructural y al rechazo a su desarrollo nuclear. Esta coincidencia ideológica y

estratégica facilitó la receptividad del presidente estadounidense frente a las propuestas israelíes, reduciendo los costos políticos de la decisión.

Asimismo, el argumento israelí se estructuró en torno a una lógica preventiva: los riesgos de la inacción serían mayores que los de la acción. Esta narrativa resultó particularmente efectiva en el contexto de la administración Trump, donde la toma de decisiones tendía a privilegiar acciones decisivas y de corto plazo, incluso frente a escenarios de alta incertidumbre.

En cuarto lugar, Israel actuó como un factor de presión estructural sobre la decisión estadounidense. La posibilidad de que Israel avanzara unilateralmente en una operación contra Irán generó un dilema estratégico para Estados Unidos: mantenerse al margen y perder capacidad de control sobre el conflicto, o involucrarse activamente para moldear su desarrollo. En este sentido, la frase expuesta en las deliberaciones —según la cual, si Israel iba a actuar de todos modos, Estados Unidos debía hacerlo también— refleja una lógica de arrastre (“entrapment”) típica de las alianzas asimétricas .

Este elemento resulta clave para comprender la contradicción estratégica: la decisión de intervenir no se explica únicamente por intereses propios, sino también por la necesidad de sostener la credibilidad del sistema de alianzas y evitar costos geopolíticos derivados de la inacción.

Finalmente, el caso evidencia que Israel no solo influyó en la decisión inicial, sino también en la configuración de los objetivos de la guerra. Mientras que dentro de la administración estadounidense existían posturas divergentes —desde intervenciones limitadas hasta el rechazo total a la guerra—, la propuesta israelí contribuyó a instalar un horizonte de acción más ambicioso, centrado en la neutralización estructural de Irán como actor regional.

En síntesis, el rol de Israel en la guerra contra Irán puede interpretarse a partir de cuatro dimensiones complementarias:

- como iniciador estratégico, al proponer el marco de acción;
- como productor de inteligencia orientada a la intervención;
- como actor de alineamiento ideológico con el liderazgo estadounidense;
- y como factor de presión sistémica dentro de la lógica de alianzas.

Desde la perspectiva del presente trabajo, este conjunto de factores refuerza la hipótesis central: la contradicción entre los principios de no intervencionismo y la acción militar efectiva no responde únicamente a decisiones autónomas de Estados Unidos, sino a condicionamientos estructurales del sistema internacional, entre los cuales el rol de los aliados estratégicos —en este caso, Israel— ocupa un lugar determinante.

Conclusión

El análisis permite confirmar la hipótesis: el ataque de Estados Unidos contra Irán en 2026 contradice, en términos formales, los principios de su Estrategia de Seguridad Nacional de 2025. Sin embargo, esta contradicción no es una simple incoherencia, sino el resultado de las restricciones estructurales que condicionan el comportamiento de los Estados en el sistema internacional.

La política exterior de las grandes potencias no depende solo de decisiones políticas, sino de factores como la geografía, la distribución del poder y las rivalidades regionales. En este contexto, las estrategias funcionan como orientaciones generales, mientras que la distancia entre discurso y acción es una característica habitual de la política internacional.

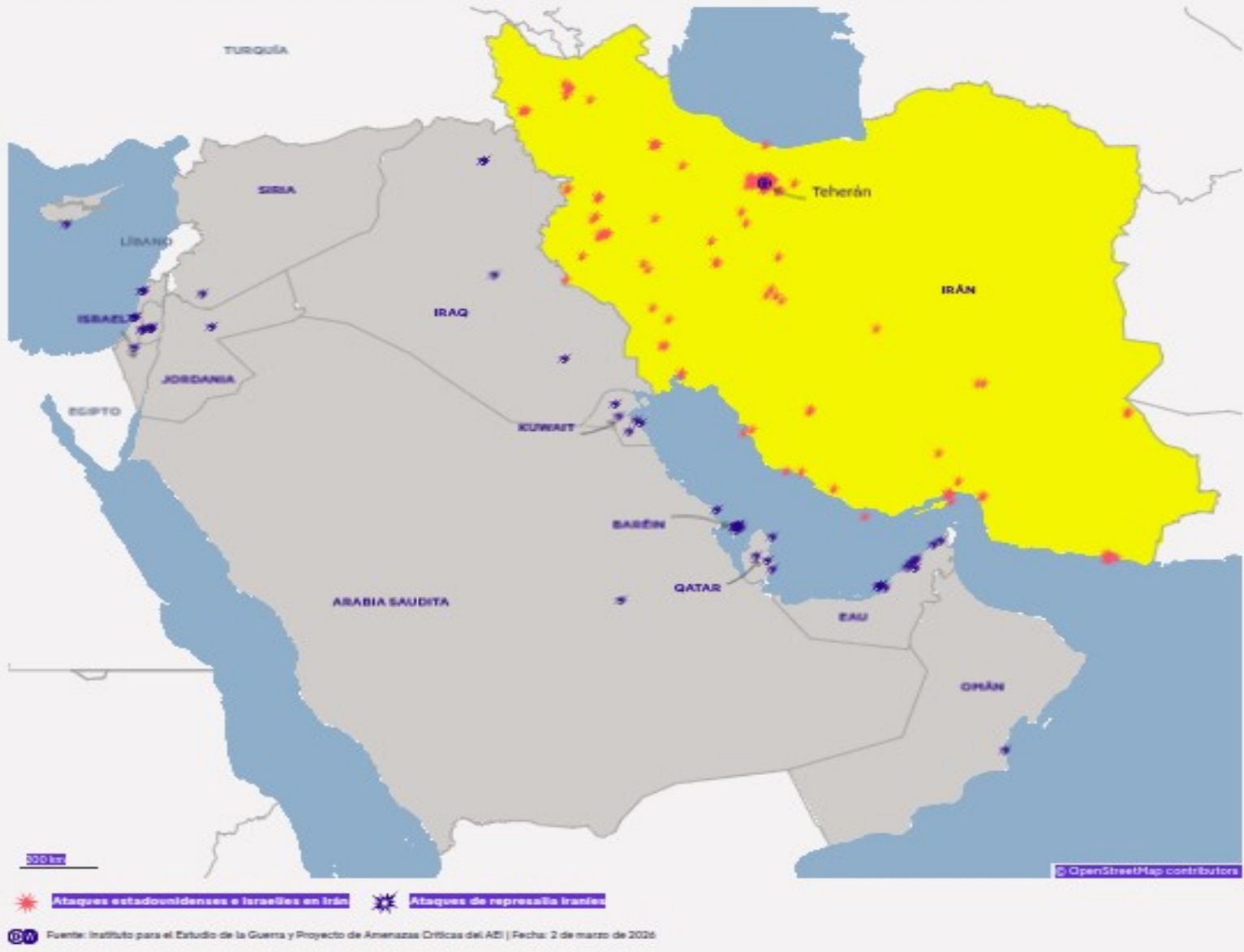
El caso muestra la importancia de analizar estos procesos desde múltiples dimensiones — normativa, geopolítica y operativa—. Desde esta perspectiva, la “contradicción estratégica” no implica una ruptura, sino una tensión entre dos lógicas: una normativa, orientada a la legitimidad, y otra geopolítica, orientada al poder.

En este marco, la política de Donald Trump no elimina el intervencionismo, sino que lo redefine de manera selectiva. Finalmente, el caso evidencia que, incluso cuando existe intención de limitar la intervención, las presiones del sistema internacional tienden a imponerse, haciendo que la tensión entre discurso y acción sea persistente e inevitable.

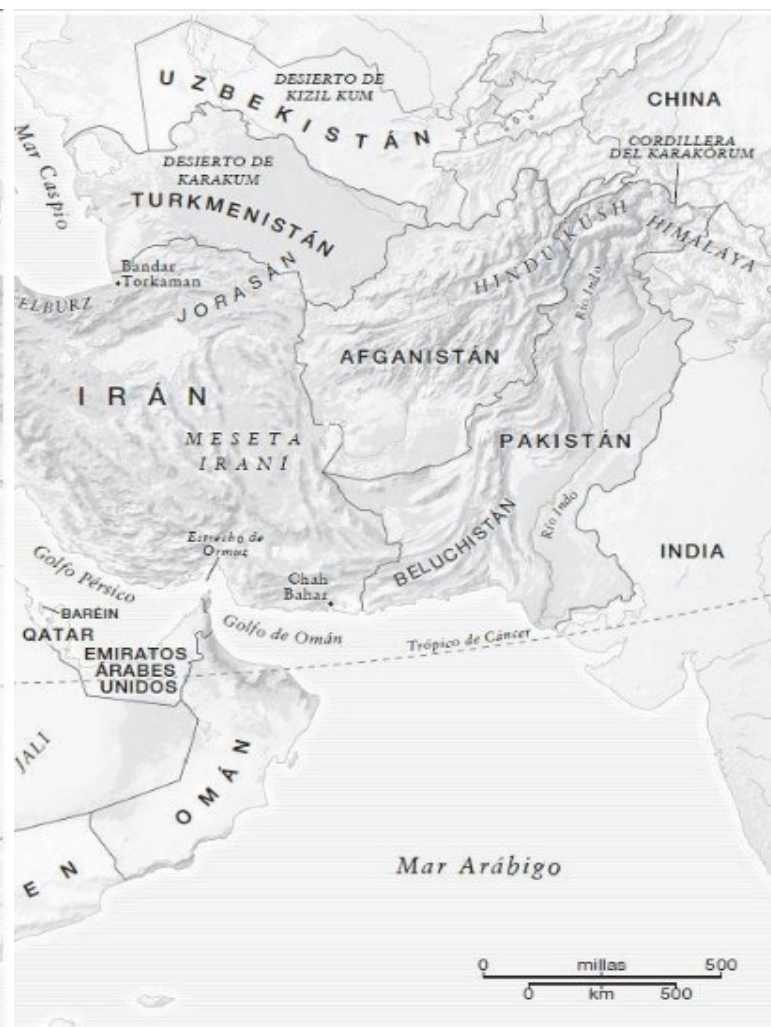
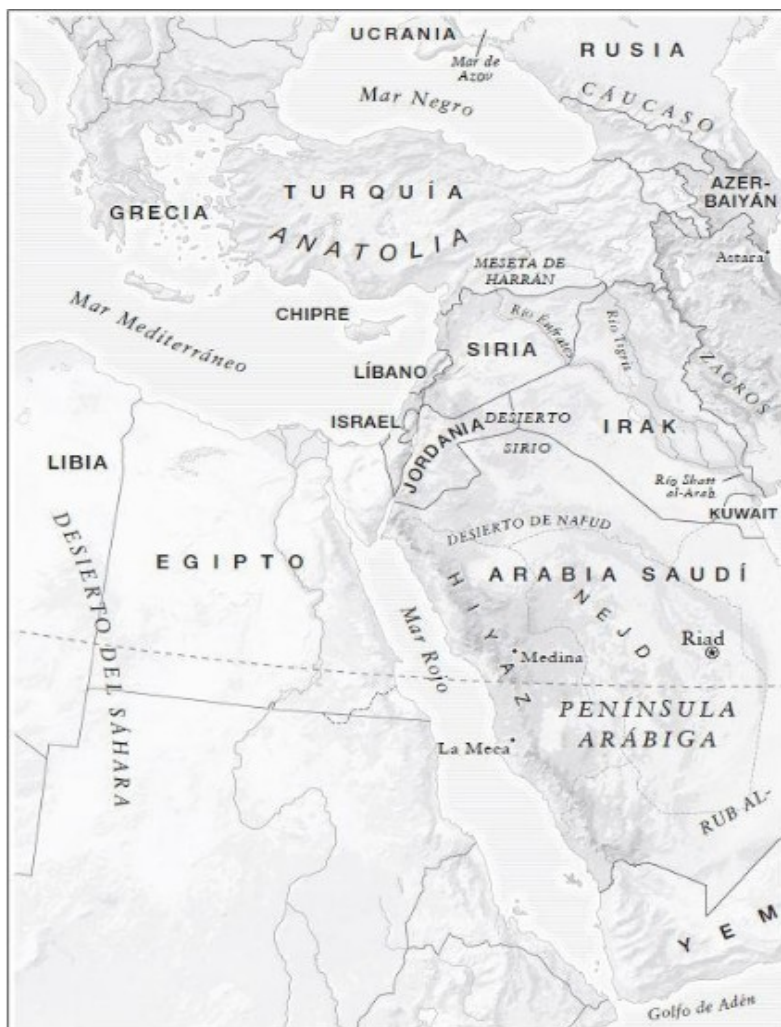
Anexo cartográfico

Anexo cartográfico (Anexo 1): Ataques estadounidenses e israelíes contra Irán y ataques de represalia iraníes (2 de marzo de 2026). Fuente: DW. Instituto para el Estudio de la Guerra y Proyecto de Amenazas Críticas del AEI | (2026).

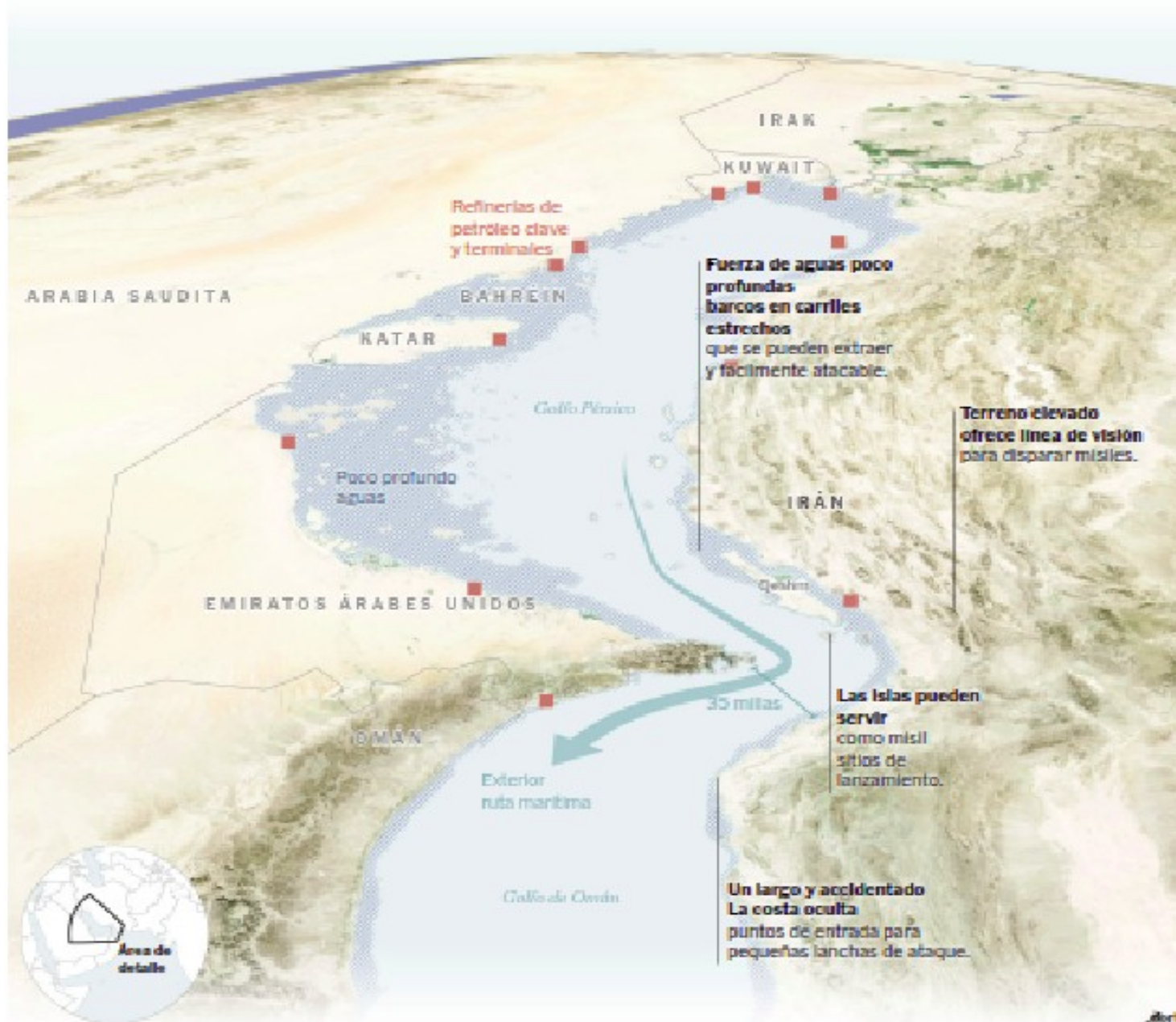
Ataques estadounidenses e israelíes contra Irán y ataques de represalia iraníes



Anexo cartográfico (Anexo 2):EL PIVOTE IRANÍ. Fuente:Kaplan, R.D. (2017) La venganza de la geografía. Barcelona: RBA, Segunda parte. El mapa de principios del siglo XXI, cap. 5, p. 322-323



Anexo cartográfico (Anexo 3): Representación geoestratégica del estrecho de Ormuz y sus puntos críticos de control. Fuente: The New York Times (2026).



Fuentes: GEBCO (profundidad del agua); Vantor (imágenes satelitales). Agnes Chang, Adina Renner y Samuel Granados/The New York Times

Referencias

Deutsche Welle (2026) *Cronología de los ataques de EE. UU. e Israel contra Irán*. Disponible en: <https://www.dw.com/> (Accedido: 28 marzo 2026).

El País (2026) *Última hora de la guerra de Estados Unidos e Israel contra Irán*. Disponible en: <https://elpais.com/internacional/2026-04-01/ultima-hora-de-la-guerra-de-estados-unidos-e-israel-contra-iran-en-directo.html> (Accedido: 1 abril 2026).

Kaplan, R.D. (2017) *La venganza de la geografía*. Barcelona: RBA.

Kaplan, R. D. (2025) “Donald Trump puede leer el móvil, pero no conoce la historia, no lee libros”. Entrevista, La Vanguardia, 4 julio. Disponible en: <https://www.lavanguardia.com/internacional/20250704/10855633/donald-trump-leer-movil-conoce-historia-lee-libros.html> (Accedido: 2 abril 2026).

Kaplan, R.D. (2026) ‘Iran and the New Middle East’, *The National Interest*.

Marshall, T. (2024) *El poder de la geografía*. 1.ª ed. Barcelona: Península.

Marshall, T. (2025) *Prisioneros de la geografía*. Barcelona: Península.

Marshall, T. (2025) “Trump no es un hombre conflictivo. La gente deja que su odio hacia él les nuble”. Entrevista, El Orden Mundial, 2 febrero. Disponible en: <https://elordenmundial.com/entrevista-tim-marshall-geografia-geopolitica-recursos-mundo/> (Accedido: 2 abril 2026).

Marshall, T. (2026) ‘The Geography of the Persian Gulf’, Substack. Disponible en: <https://timjohnmarshall.substack.com/p/the-geography-of-the-persian-gulf> (Accedido: 26 marzo 2026).

Marshall, T. (2026) Trump, Teherán y lágrimas. Disponible en: <https://timjohnmarshall.substack.com/p/trump-tehran-and-tears> (Accedido: 6 abril 2026).

Swan, J. y Haberman, M. (2026) *Cómo Trump llevó a Estados Unidos a la guerra con Irán*. The New York Times, 7 de abril.

Disponible en: <https://www.nytimes.com/2026/04/07/us/politics/trump-iran-war.html> (Accedido: 11 abril 2026)

The New York Times (2026) Strait of Hormuz: Iran blockade explained. Disponible en: <https://www.nytimes.com/2026/03/12/world/middleeast/strait-of-hormuz-iran-blockade-explained.html> (Accedido: 7 abril 2026).

The White House (2025) *National Security Strategy of the United States*. Disponible en: <https://www.whitehouse.gov/wp-content/uploads/2025/12/2025-National-Security-Strategy.pdf> (Accedido: 1 abril 2026)